

Coligny consiguió escapar y reunirse con su infantería que permanecía intacta. En aquella región cortada por corrientes de agua y por zanjas, y en donde las plazas fuertes eran partidarias de la Reforma, podía el almirante hacer frente al enemigo. Las trompetas del ejército hugonote siguieron entonando sus toques de provocación, «¡Papistas! ¡Papistas! ¡Papistas!» y los vencedores no se atrevieron a avanzar y ni siquiera supieron apoderarse de Jarnac.

Juana de Albret presentó a los soldados al joven príncipe de Condé, hijo del héroe muerto, y a su propio hijo, Enrique de Navarra, que contaban quince y diez y seis años respectivamente y que fueron reconocidos como jefes del ejército y del partido; y aunque en realidad no eran más que «los pajes del Señor Almirante, su presencia en el ejército hugonote daba una especie de legitimidad a la revolución poniendo enfrente del rey, engañado por consejeros perversos, a los príncipes de la sangre, defensores del Estado y de la corona y protectores del rey contra el rey mismo.»

Los hugonotes esperaban socorros de Alemania y de los Países Bajos. En agosto de 1568, Luis de Borbón, Coligny y Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, se habían comprometido, por medio de un tratado secreto, a ayudarse, «favorecerse y socorrerse el uno al otro, todo lo que dependiera» de su poder y de sus fuerzas; y aquella alianza había de ser tan estrecha, que cuando pluguiera a Dios favorecer a uno o a otro país dándole entera libertad de conciencia..., no por esto los que serán tan dichosos dejarán de socorrer a la otra parte como si se hallaran en la misma pena.» Mientras Condé y Coligny se retiraban a la Rochela, el príncipe de Orange había levantado fuerzas armadas para invadir los Países Bajos y había penetrado en éstos en septiembre de 1568, aunque sin hacer nada de provecho. En noviembre pasó la frontera francesa y cabía preguntarse si iba a intentar reunirse, en Poitou, con el ejército de los príncipes. En aquel momento, el grueso del ejército real hallábase ocupado en el Oeste. Catalina entró en negociaciones y el mariscal de Cossé hizo decir a Guillermo que el rey tendría una satisfacción en concederle libre paso para regresar a Alemania «con toda la seguridad que puede darse...» y en hacerle preparar etapas para que el citado ejército se viera «libre de necesidad, de tanto como lo compadece.» Con lo cual se conquistaba la gratitud y la amistad del de Orange. A pesar de las reclamaciones del embajador de España, Catalina facilitaba a Guillermo dinero y víveres. Un alemán, Schomberg, que había entrado al servicio de Francia, excitaba a la revuelta a los soldados y a los ca-

1569 pitanes, furiosos porque no percibían sus pagas; y el príncipe se vio obligado a licenciar sus tropas y a retirarse al otro lado del Mosela (13 de enero de 1569).

Descartado aquel primer peligro, hacía necesario cortar el paso al ejército que los protestantes de Alemania enviaban en socorro de sus correligionarios franceses, Catalina, que había salido de París (enero de 1569) y se había dirigido a Lorena para estar más cerca de la frontera, recibió en Metz la noticia de la victoria de Jarnac, y en tanto que los alemanes se reunían a las órdenes del duque de Zweibrücken (Dos Puentes), Wolfgango de Baviera, tuvo tiempo de juntar fuerzas, pero confió el mando de las mismas a dos jefes, el duque de

Nemours y el duque de Aumale, que no estaban de acuerdo. Mientras éstos esperaban a los invasores en el Mosa, Wolfgango entró en Borgoña por el condado de Montbéliard y por el Franco Condado, tomó y saqueó Beaune, pasó el Loira por la Charité y avanzó al través del Berry y de la Marca, muriendo (11 de junio) la víspera del día en que se juntaron en Saint-Yrieix los hugonotes y los extranjeros.

Los católicos y los protestantes tenían ahora fuerzas casi iguales. El duque de Anjou, que se había atrincherado en unas alturas de la Roche-Abeille (cerca de Saint-Yrieix), había dejado dos regimientos de infantería acampados en un valle (25 de junio); Coligny cayó sobre estas fuerzas aisladas destrozándolas y haciendo prisionero a Strozz, coronel general de la infantería francesa. Los vencedores hicieron pocos prisioneros y «no dieron cuartel» era la venganza de Jarnac. Según confesión de d'Aubigné, los reformados, para no quedar por debajo de los católicos, se portaron durante aquella tercera guerra civil «como diablos encarnados: Coligny, que no era cruel, hizo asesinar a los aldeanos del Perigord a centenares, en represalias de los asesinatos de los compañeros de Mouvans; «y en un castillo de la Chapelle-Faucher... fueron muertos a sangre fría en una sala doscientos sesenta...»

Coligny habría querido dirigirse al Norte, apoderarse de Saumur y, atravesando el Loira, volver a llevar la guerra a la región de París; pero sus raites alemanes, que soñaban con un buen saqueo, le obligaron a detenerse delante de Poitiers, a pesar de saber él perfectamente que aquellos sitios de grandes ciudades eran la tumba de los ejércitos (24 de julio). El duque de Guisa, Enrique de Lorena, que hacía sus primeras armas, penetró en la plaza. Poitiers está situada en un promontorio rodeado por el Clain; los sitiados, para procurarse la defensa de un foso más ancho, hicieron refluir las aguas del río a las praderas, y desde las murallas preguntaban a los protestantes «si su almirante no tenía poder sobre aquel mar.» Un ataque del duque de Anjou contra Chatellerault dió a Coligny ocasión para levantar el sitio (7 de septiembre), yendo entonces a presentar batalla a los católicos; mas habiéndola éstos rehusado, hubo de aceptarla en Moncontour (3 de octubre), en el mismo estado de desorden que en Bassac. Noticioso de que se acercaba Tavannes, el almirante había mandado que su caballería se retirase, y habría podido evitar el encuentro si los alemanes no hubiesen perdido algunas horas reclamando sus pagas. Fué, pues, preciso combatir; Coligny, en una carga a la Condé, fué herido en la cara de un pistoletazo, y hubo de abandonar el campo de batalla. La caballería huyó y los lansquenets, abandonados, pedían gracia; pero los suizos del ejército católico los acuchillaron. Muchos prisioneros fueron asesinados; aquellas matanzas eran las represalias de la Roche-Abeille.

La reina creía abatidos a los protestantes y se declaraba feliz «porque Dios había hecho la gracia a su hijo de ser instrumento de tan grande obra;» pero Carlos IX no participó de su alegría. Aquel rey de diez y nueve años, a quien su madre tenía apartado del gobierno y de las batallas, mostróse algo contrariado por la victoria de Moncontour, y celoso de su hermano fué a juntarse con el ejército para recoger su parte de gloria.

Tavannes quería perseguir a los vencidos y aniquilarlos; mas los cortesanos del duque de Anjou hicieron prevalecer la opinión de tomar una por una las plazas fuertes que formaban como un cinturón de la Rochela. Niort fué tomada; en cambio, Saint-Jean-d'Angely se resistió. El almirante se ocultó detrás del Charente y se dirigió al Sur, en busca de los Vizcondes.

El ejército real sufría grandes pérdidas delante de las murallas de Saint-Jean-d'Angely, y después de un mes y medio de sitio, fué preciso conceder la capitulación más honrosa (16 de octubre a 2 de diciembre). Todas las ventajas logradas en Moncontour quedaban destruidas.

La energía de la defensa y la inutilidad de las victorias fueron causa de que Catalina pensara nuevamente en la paz y encargara a Castelnaud-Mauvissiere que fuese a la Rochela a negociar con Juana de Albret. La reina madre estaba disgustada con los españoles, que no le enviaban ningún socorro, y más aún con Felipe II que, habiendo enviudado de su hija Isabel, muerta en 3 de octubre de 1568, se negaba a casarse con otra de sus hijas, Margarita, y hasta pretendía tomar por esposa a la mayor de las archiduquesas austriacas que ella destinaba a Carlos IX. Por esto se inclinaba a otorgar la paz a los hugonotes si aceptaban las condiciones que para la misma imponía; pero como no quería conceder más que la libertad de conciencia, sin ningún ejercicio del culto, la guerra continuó.

III.—La marcha de Coligny

Coligny, al frente de algunos millares de hombres que dejaban por el camino sus caballos trasjados, había salido de Saintes el 16 de octubre para ganar las orillas del Garona, en donde había dado cita a los Vizcondes que dominaban en el Quercy y en el Rouergue, y a Montgomery, que acababa de destruir al partido católico en el Bearn. Tomó el castillo de Aiguillon, en la confluencia del Lot y del Garona, y se dirigió a Montaubán en donde estaban ya los Vizcondes y en donde esperó a Montgomery. Allí pasaron el invierno de 1569, dedicándose a reparar sus fuerzas.

Los jefes católicos que habían de hacerle frente no se entendían: Damville, gobernador del Langüedoc, negóse a juntarse con Monluc para aniquilar al almirante antes de que éste operase su unión con los refuerzos del Bearn; y recíprocamente se acusaban de mala voluntad, en tanto que Coligny devastaba el Toulousain. Este había hecho una lista de los magistrados y ciudadanos de Tolosa que se habían distinguido contra los infieles; sus casas de campo fueron quemadas y los muebles entregados a los soldados como botín, y sobre las ruinas escribieron los hugonotes: «Justicia de Rapin» (véase pág. 487).

El almirante resolvió proseguir su marcha al través del Mediodía hasta el Ródano, y dirigirse luego hacia el Norte, después de haberse reforzado por el camino con los contingentes del Langüedoc, de los Cevenas, de Provenza y del Delfinado. En marzo de 1570 hallábase delante de Carcasona; y aunque no atacó esta plaza, saqueó toda la comarca alrededor de Narbona y sus destacamentos pasaron la frontera del Rosellón para demostrar a Felipe II que no todos los hugonotes habían muerto. El ejército protestante incendió las al-

deas que rodeaban Montpellier, hizo un corto alto en Nimes, una de las capitales de la Reforma, para tomar algún descanso, emprendió de nuevo la marcha en 16 de abril y avanzó por la orilla derecha del Ródano, acosado por las guarniciones reales, a menudo derrotado y siempre incendiando y saqueando, empujado por los ataques, en una especie de huida hacia adelante. Montbrun, que mandaba la vanguardia, pasó el Ródano, en el Pouzin, para ir a buscar, en la orilla izquierda, en el Delfinado, refuerzos que no llegaron. Aquel ejército errante atravesó todo el Vivarais y llegó a Saint-Etienne, en donde Coligny cayó gravemente enfermo: allí le encontraron los emisarios del rey, Biron y Malassise, encargados de negociar la paz, que seguían ofreciendo la libertad de conciencia sin la libertad de culto. Por un momento pudieron los reales mensajeros creer que dictarían la ley, y así declararon que si Coligny moría, su ejército se daría por muy satisfecho rindiéndose a discreción.

Pero Coligny sanó y reclamó la libertad del culto, y mientras Biron y Malassise llevaban su ultimátum a Catalina, reanudó su marcha. Ya no tenía artillería y, para caminar más de prisa, hizo que sus arcabuceros montaran en pequeños caballos; de paso saqueó la abadía de Cluny (18 de junio), incendió la de Ferté-sur-Grosne (20 de junio), asoló los alrededores de Chalón y en el momento en que se acantonaba en Arnay-le-Duc apareció ante su vista el ejército real. Iba éste mandado por el mariscal de Cossé y constaba de unos 13.000 hombres. Protestantes y católicos estaban frente a frente, instalados en dos alturas separadas por un valle en cuyo centro corría un arroyo; Coligny se atrincheró a lo largo de éste, en un molino, y Cossé no pudo vencer aquel primer obstáculo (27 de junio); pero el almirante, sintiéndose demasiado débil para atacar, huyó durante la noche del 28 al 29 y el 4 de julio llegó a la Charité. De esta población, así como de las de Sancerre y Vezelay, podía sacar soldados y cañones que le permitirían luchar con el mariscal Cossé con armas iguales.

La Rochela sostenía en el Oeste la fortuna del partido protestante: aquella ciudad, una de las últimas que habían aceptado la Reforma, tenía un espíritu de empresa que el uso de las libertades municipales había desarrollado y que la pasión religiosa sobreexcitó. El derecho de gentes, muy vago en aquella época dejaba en el mar el campo libre a todos los aventureros, y valiéndose de ello los rocheleses organizaron la piratería en grande escala contra los barcos de las potencias católicas, es decir, franceses, italianos y españoles, para lo cual su gobernador, La Noue, expedía patentes de corso. Las presas fueron tan considerables que el almirantazgo por la parte que de ellas le correspondía (el décimo) percibió trescientas mil libras. Los hugonotes obraban de acuerdo con los mendigos de mar, como se llamaba a los piratas de los Países Bajos; y corsarios como Jacobo Sorel iban a esperar en alta mar, a la altura de las Azores, a los buques españoles que regresaban de América cargados de oro y de plata (1).

(1) Respecto de la marcha a la Rochela, véase *Registre de l'Amirauté de Guyenne au siège de la Rochelle (1569-1570)*, «Archives historiques du Poitou», VII, 1878; y en el «Bulletin de la Société du protestantisme français» 1854, el análisis de las Ordenanzas del Consejo de la reina de Navarra.

Por tierra, La Noue se había apoderado de Marans, Luçon y Sables-d'Olonne; Puy-Gaillard, que mandaba los católicos, fué sorprendido cerca de Luçon y perdió dos magníficos regimientos de infantería (15 de junio); y después de esta victoria, Niort, Brouage y Saintes se rindieron y Puy-Gaillard fué á encerrarse en Saint-Jean-d'Angely.

Catalina veía como renacía en el Oeste, en Provenza, en el Delfinado, en el Langüedoc y en el Bearn un partido que ella creía aniquilado. Por otra parte, su política matrimonial no le daba mejores resultados que la guerra: Felipe II, como jefe de la casa de los Habsburgos, había arreglado á su antojo la cuestión de los matrimonios, quedándose para él con la mayor de las archiduquesas y dejando la menor á Carlos IX, y para marcar mejor la diferencia de categorías, el contrato de boda del rey de Francia se había firmado un cuarto de hora después que el del rey de España. La reina madre creía asimismo que Felipe II había impedido el casamiento del rey de Portugal con su hija, Margarita de Valois, que ahora prestaba oídos á las galanterías del joven duque de Guisa. El cardenal de Lorena soñaba tal vez con casar á su sobrino con la hermana de Carlos IX. La jactancia de los Lorena exasperó á Catalina, y Margarita, en su consecuencia, fué objeto de malos tratos: una mañana el rey y su madre la llamaron y cuando compareció se le echaron encima, la golpearon y desgarraron sus vestidos. Carlos IX quería hacer dar muerte al duque de Guisa, quien se vió obligado á declarar su próximo matrimonio con Catalina de Cléveris. El cardenal abandonó la corte; y la influencia de los jefes del catolicismo intransigente quedó destruída.

El día 14 de julio firmóse un armisticio con los protestantes y dos semanas después la paz era un hecho: El Edicto de pacificación concedió á los reformados la libertad de conciencia en todo el reino y el ejercicio público de su culto en todos los lugares en donde se había practicado antes de la guerra, en los arrabales de dos ciudades por gobierno y en las mansiones de los señores justicias mayores; además los protestantes obtuvieron por dos años cuatro ciudades de seguridad, La Rochela, Montaubán, la Charité y Cognac. El rey abogaba por sus buenos parientes y amigos el príncipe de Orange y Ludovico de Nassau, esos dos súbditos rebeldes de Felipe II que habían apoyado á mano armada á sus correligionarios franceses. Los vientos habían cambiado; la alianza española y la causa católica estaban comprometidas, y el propio duque de Anjou prometió guardar la paz de Saint-Germain.

CAPÍTULO IV

LA MATANZA DE SAN BARTOLOMÉ (1)

I. La cuestión de los Países Bajos. — II. Carlos IX entre Catalina y Coligny. — III. Las matanzas

I.—La cuestión de los Países Bajos

Un medio había tal vez de que los franceses se reconciliaran: una guerra nacional contra un enemigo

(1) FUENTES: *Lettres de Catherine de Médicis*, IV. Teulet, *Corresp. de la Mothe Fénelon*, III-V y VII. Charriere, *Négocia-*

extranjero. Los católicos de buena gana habrían atacado á la reina Isabel que tenía prisionera á María Estuardo, pero Catalina de Médicis, menos sensible á los infortunios de su nuera que á las injurias de Felipe II, acogió las proposiciones que desde Inglaterra se le hicieron. Dos jefes protestantes que allí se habían refugiado, el cardenal de Chatillon y Juan de Ferrieres, se habían propuesto, en interés de su patria, unir á Francia y á Inglaterra contra España, y esta política de alianza fué presentada bajo la forma de casamiento entre Isabel y el duque de Anjou. Catalina sospechaba que Isabel se proponía únicamente desviar las simpatías que en Francia excitaba la desgraciada reina de Escocia, á pesar de lo cual la proposición halagaba sus aficiones de eterna casamentera. El vidamo de Chartres, hombre de gran imaginación, deducía, con soberbia confianza, las prodigiosas consecuencias de aquella

tions de la France dans le Levant, III, 1853. «Coll. Doc. inédits.» Desjardins, *Négociations diplomatiques de la France avec la Toscane*, III, «Coll. Doc. inédits.» Alberi, *Relazioni dagli ambasciatori Veneti al Senato*, 1.ª serie, IV. Groen van Prinsterer, *Archives de la maison de Nassau*, 1.ª serie, III, 1836, y Suplemento, 1847. Gachard, *Correspondance de Philippe II sur les affaires de Pays-Bas*, II, 1851. Piot, *Correspondance de Granvelle faisant suite aux papiers d'Etat*, IV, 1884. *Mémoires et ambassades de Walsingham*, Amsterdam, 1700, y más completamente en Digges, *The Compleat Ambassador*, 1665. Monseñor Douais, *Dépêches de M. de Fourquevaux, ambassadeur du roi Charles IX en Espagne*, 1565-1572, tomo II, 1900. L. Didier, *Lettres et négociations de Mondoucet, résident de France aux Pays-Bas*, I, 1892. *Registres des Délibérations du Bureau de la ville de Paris (1568-1572)*, VII, editado y anotado por Bonnardot, 1893. Las cartas de Corbinelli publicadas por Pio Rajua, *Jacopo Corbinelli e la strage di S. Bartolomeo*, 1898. *Mémoires de l'Etat de France sous le Roy Charles IX depuis le troisieme Edict de pacification fait au mois d'aoust 1570 jusques au commencement du règne de Henry III*, 1578, I. El relato de Juan de Olaegui publicado por Gachard, «Bulletin de l'Accademie royale de Belgique», XVI, 1.ª parte, 1849. Hungerbühler, *Zwei Kabinetsstücke über die Bartholomäusnacht*, Saint-Gall, 1858. T. de Liebenau, *Documents relatifs à la Saint-Barthélemy*, «Indicateur d'histoire suisse», 1876. *Mémoires de Tavannes; de Marguerite*, publicadas por Guessard, «Soc. Hist. France», 1842; *du duc de la Force*, publicadas por el marqués de La Grange, 1843, I; *de Mergesey*, «M. et P.», IX. *Mémoires des sages et royales Oeconomies d'Etat*, de Sully, Amsterdam (1638). *Mémoires de Madame Du Plessis-Mornay*, publicadas por Mme. de Witt, «S. H. F.», 1868, I. *Mémoires de Luc Geiskofler, tyrolien*, traducidas por Eduardo Fick, Ginebra, 1892. *Discours du roi Henry III à un personnage d'honneur*, «Memoires d'Etat», de Villeroi, II, 1625. *Mémoires et correspondance de Du Plessis-Mornay*, 1824, II. De Thou, *Histoire universelle*, 1734, VI. D'Aubigné, *Histoire universelle*, Ruble, «S. H. F.», III, 1889. *Correspondance de Mandelot, gouverneur de Lyon avec Charles IX et Enry III*, Monfalcon, «Histoire monumentale de Lyon», II. *Archives curieuses*, de Cimber y Danjou, 1.ª serie, VII. Papiro Masson, *Historia vite Caroli Valesii Galliarum regis ejus nominis noni*, ed. «Le Laboureur des Mémoires de Castelnaud», 1731, III.

OBRAS DE CONSULTA: Abel Desjardins, *Charles IX; deux années de règne*, 1873. De La Ferrière, *Le XVI^e siècle et les Valois*, 1879. Theiner, *Annales ecclesiastici*, I, 1856. Baumgarten, *Vor der Bartholomäusnacht*, 1882. Soldan, *La France et la Saint-Barthélemy* (trad. Schmidt), 1855. Bordier, *La Saint-Barthélemy et la critique moderne*, 1879. Loiseleur, *Trois énigmes historiques. La Saint-Barthélemy...* 1883. F. Combes, *Les présidents Lagebaton et Daffis ou Bourdeaux pendant la Saint-Barthélemy et la Sainte-Ligue*, «Lectures historiques», II, 1885. Fomeron, *Histoire de Philippe II*, 1881, II. D'Aumale, *Princes de Condé*, II. Delaborde, *Coligny*, III. Bagueuault de Puchesse, *Jean de Morvilliers, évêque d'Orléans, garde des sceaux de France*, 1870. Froude, *History of England*, 1887, IX-X.

unión: «Monseñor (el duque de Anjou) podría con fuerzas del rey, ayuda de Inglaterra y medios del príncipe de Orange, conseguir la confiscación de la Flandes, por derecho de feudalidad, por felonía cometida.» De este modo, «la casa de Austria, que se edificó con el imperio hereditario y la monarquía, encontraría en un instante dos hermanos, reyes tan poderosos el uno como el otro, como contrapeso de su ambición, coligados con los príncipes protestantes de Alemania, y

fríamente á sus insinuaciones. El almirante se había retirado á la Rochela y declinado, como los grandes señores de la religión, el honor de asistir á la boda de Carlos IX, que se celebró en Mezieres el día 26 de noviembre de 1570. Todos estaban alerta y no había grandes probabilidades de que Juana de Albret aceptara el proyecto concebido por Catalina, después de la negativa del rey de Portugal á casar á su hija Margarita con Enrique de Navarra.



El papa Pío V

estos dos hermanos tendrían más parte en el imperio» que ella. Había en Europa con qué dotar á todos los príncipes de la familia real. «La porción de Monsieur d'Alençon (el hijo menor de Catalina) sería fácil de encontrar en el ducado de Milán con el favor de Alemania,» de los suizos también y de los príncipes italianos devotos de Francia, y si necesario fuese para el recobro del reino de Nápoles, resultaría además muy á propósito el favor del Turco.» De esta suerte «la reina tendría el gran placer de ver á todos sus hijos reyes;» entonces sería fácil la reforma, hecha en un concilio general, de todos los abusos introducidos «por la ambición y avaricia de la Iglesia romana.» «En Francia, en Alemania y en Inglaterra, se introduciría un orden y policía de religión y unidad de doctrina que todas las demás provincias de la cristiandad se verían obligadas á abrazar y acabarían las discordias entre los súbditos y sus príncipes...»

Los ensueños de Catalina no llegaban tan alto: el casamiento inglés la seducía, pero para que se realizara era preciso que se reconciliara con los protestantes franceses, y Coligny y Juana de Albret respondían muy

De pronto entró en escena un nuevo personaje. Hasta entonces Carlos IX sólo había sido rey de nombre; su madre gobernaba y su hermano mandaba el ejército; y si había manifestado algún deseo de gloria militar, en cambio nunca le habían interesado, al parecer, los negocios de Estado. Consumía toda la energía de su juventud en cazas furiosas al través de los bosques, ora porque le gustara ensayar su vigor, ora porque le causara placer la vista de las piezas despanzurradas; y en el Louvre, convertido de cazador en herrero, batía el hierro con ardor. Era un tímido y un débil acostumbrado á obedecer á su madre, con los sobresaltos y las rebeldías de una naturaleza apasionada.

Tenía veinte años y comenzaba á sentir el deseo de desempeñar un papel; los negocios de Italia le dieron ocasión de realizarlo. El papa Pío V había elevado á Cosme de Médicis, soberano de Florencia, á la dignidad de gran duque (1), de lo que protestaron Maximi-

(1) Pío V nombró á Cosme gran duque de Toscana el 27 de agosto de 1569 y le coronó solemnemente en el Vaticano el 18 de febrero de 1570. A. von Reumont, *Geschichte Toscana's...* I, 243, 1876.